

EXCLUSIÓN SOCIAL

en la CRISIS GLOBAL

por Joaquín GARCIA ROCA

La crisis global tiene un alto potencial destructivo. Lo que se identificó como crisis financiera, es también medioambiental, alimentaria, energética, social y humanitaria. Toda crisis produce simultáneamente vidas desahuciadas, gentes desesperanzadas y perdedores; pero a la vez, la misma crisis despierta la creatividad social, la responsabilidad colectiva, la emergencia de la conciencia y una abrumadora multitud de alternativas. La misma realidad que nos destruye es también la que nos construye.

I.- LA PRODUCCIÓN ECONÓMICA DE LA IMPOTENCIA

El primer mecanismo de transformación de la pobreza y de la exclusión afecta a los dinamismos vitales, golpea la capacidad misma de afrontar la situación y debilita las energías personales y comunitarias. Se vive una experiencia colectiva de naufragio.

La experiencia colectiva de naufragio

En todo naufragio quedan afectados los dinamismos vitales de las personas, especialmente los que se refieren a la confianza en las relaciones sociales, a la identidad personal, a las expectativas colectivas, a la autoestima individual. Se confunde el sentido de la orientación ya que no se sabe si se avanza hacia la salida de la crisis o hacia su deterioro. La impotencia actúa como un agujero negro por donde se consumen las energías.

Las políticas sociales y los técnicos de la acción social no podemos tener ninguna complicidad con los discursos y las prácticas apocalípticas. "Quien en el amanecer no sea capaz de ver un ocaso, es un iluso y un romántico, quien por el contrario sólo ve ocasos en la vida es un pragmático" (Beck). Debemos apostar por el poder de la alternativa y las capacidades de salir adelante.

La expropiación de las capacidades

La actual crisis produce privaciones y carencias que expropián de las capacidades persona-

les y colectivas para afrontar el golpe. Se olvida lo que se escribió desde el interior del campo de exterminio Etty HILLESUM "He notado que en cualquier situación, incluso en la más duras, al ser humano le crecen nuevos órganos vitales que le permiten salir adelante"

La crisis ha debilitado las capacidades básicas que los antropólogos han identificado como capacidad de hablar, la capacidad de actuar y la capacidad de contar historias. (RICOEUR, P. 2006). También ha debilitado las capacidades básicas que los éticos han identificado como línea de dignidad (A. SEN PNUD). De ahí la necesidad de proteger algunos derechos humanos y fortalecer los sistemas públicos de atención. Los derechos humanos son los protectores de las capacidades que consideramos valiosas para llevar una vida humana.

La muerte del sujeto

Llegamos a creer que con ciertas personas no es posible salir hacia ninguna parte, ya que no existe sujeto, carecen de aptitudes y potencialidades. Es un mecanismo destructor ya que anula al sujeto, le identifica con su exclusión y le destruye el propio deseo. Se dice "con ellos no se puede hacer nada". Lo cual acaba siendo un prejuicio que no sólo describe sino que prescribe.

La vía única

La impotencia se ha construido sobre la convicción de que solo hay una vía hacia el progreso, hacia el crecimiento, hacia el desarrollo, hacia la realización personal, hacia la felicidad. No hay un solo camino para realizarse como familia, no hay un solo camino para producir bienestar, no hay un solo camino para ser razonable. La crisis ha sido la escenificación de que todo lo único ha fracasado.

La experiencia del tiempo

La crisis nos instala en la nostalgia, que compromete la experiencia del *tiempo humano*. Se renuncia al futuro y nos agarremos al presente. Importa aquello que nos afecta aquí y

ahora y olvidamos lo que afecta a las generaciones venideras. Canalizamos todas las energías al mantenimiento del presente. El futuro va a la deriva y queda desatendido. Se debilita la capacidad de planificar y nos ha situado a todos en el corto plazo.

II.- LA PRODUCCIÓN SOCIAL DE LA VULNERABILIDAD

La crisis ha radicalizado las situaciones de emergencia social Individuos deslocalizados, expulsados al desempleo en los límites del intercambio social, jóvenes que no acceden al primer trabajo e interrumpen su proyecto vital y regresan a la casa de sus padres, personas con hipotecas y sin posibilidad de cumplir con sus compromisos de ciudadanos. No hay fábrica sin su basurero, no hay sociedad sin su vertedero. (BAUMAN)

La vulnerabilidad de masas

Sin embargo, la novedad de la crisis ha consistido en ampliar el campo de lo vulnerable. Entre la zona de la exclusión y la zona de la integración se extiende la zona intermedia de lo vulnerable. Entre estar de pie y estar caído está el ir cayendo. Estamos al final de muchas cosas que parecían sólidas: parecía sólido el sistema financiero, parecían sólidos los bancos y los mercados, parecía sólida la estructura familiar, parecía sólido el capitalismo, parecía sólido la zona de la integración. Se ha creado la vulnerabilidad de masas, (CASTEL)

Espiral hacia abajo y hacia fuera

Esta nueva vulnerabilidad ha instalado en la sociedad una sensación que empuja *hacia abajo*; de que vamos a peor, la sensación real de descenso. Lo saben bien los licenciados que fueron reducidos a auxiliares domésticos y vendimian en el campo; o los inmigrantes que han sido reducidos a sobrantes.

Empuja también *hacia afuera*. Estos mecanismos desplazan de sus lugares a multitud de seres humanos, no como resultado de una esperanza en mejores condiciones de vida, sino de un expolio desesperanzado que les orilla y les expulsa.

La naturalización de la crisis

Esta crisis se presenta como un hecho natural, como algo similar a las catástrofes que se producen independientes de cualquier consideración histórica, ajena al contexto social y al sistema económico, político y cultural donde se produce. De ella se dice que vino sin avisar

y se irá sin saber cuándo ni cómo, como un “tsunami provocado por el desplome de los fondos monetarios”, como una “sequía crediticia” o como “un huracán financiero”. Se considera natural la avaricia del capital, la arrogancia de la opulencia, la precariedad del trabajo, la expulsión de los inmigrantes, la búsqueda compulsiva de beneficios en paraísos fiscales. Con la naturalización se ocultan responsabilidades como nadie es responsable de los tsunamis ni de los huracanes. Y por otra parte inyecta resignación ya que nadie escapa a la ley de la gravedad. De este modo, solo se puede aspirar a corregir algunas disfunciones en el sistema.

La generalización de los perdedores

La naturalización de la crisis generaliza la sensación de pérdida; como el tsunami que no diferencia a las víctimas y extiende a todas las clases sociales y grupos poblacionales sus efectos destructivos, del mismo modo, todos hemos perdidos con la crisis: perdieron los bancos, perdieron las multinacionales, perdieron las empresas, perdieron los altos ejecutivos, perdieron los trabajadores, perdieron los mendigos. Todos estamos en el bando de los perdedores. Si todos somos perdedores, nadie tiene responsabilidades para con el otro, porque sus energías se centran en sí mismos. El desinterés por los otros es un mecanismo de exclusión, se olvida que otros muchos países viven en crisis permanente, lo que lleva a olvidarse de ellos para ocuparse de nuestros intereses. Es lo que está por debajo de las políticas regresivas en materia de inmigración que limitan derechos y endurecen las condiciones de vida de muchos inmigrantes.

La humillación institucional

La exclusión es a la vez una humillación institucional y la ruptura, transitoria o definitiva, de la accesibilidad. Lo que no puede tolerar una democracia inclusiva es la humillación institucional y no cabe duda que se humilla cuando los derechos se condicionan a los rasgos étnicos, cuando la ciudadanía se somete al territorio, cuando el reconocimiento de la necesidad se somete al tiempo burocrático, cuando la diversidad cultural es ignorada. Hay ayudas que humillan, hay políticas pro-inserción que no son decentes. La última revuelta social en las periferias francesas puso de manifiesto un aspecto esencial de la democracia inclusiva. En el grito airado de aquellos jóvenes “A nuestros padres humillasteis y a nosotros cerrasteis las puertas”,

se expresaban las dos condiciones básicas de la inclusión: la decencia y la accesibilidad.

III.- LA PRODUCCION DE LA ADICCIÓN AL CONSUMO

La crisis actual se ha caracterizado como crisis de consumo, en contra de otras crisis que han sido de producción o de oferta; de momento comprendimos que no podíamos seguir comprando casas, adeudarse en hipotecas, adquirir bienes a futuro o gozar de vacaciones por encima de los ingresos.

La adicción al consumo

El consumo se había convertido en una auténtica adicción que había colonizado el imaginario individual y colectivo. Como la gran adicción de nuestro tiempo, que destruye las dimensiones internas del ser humano, y rompe sus lazos con el exterior.

En toda adicción se produce una dependencia externa de algo que se espera recibir sentido para la vida, realización personal o bienestar individual. En toda adicción hay una ceguera que en el caso de la crisis global ha sido la insensibilidad del consumo hacia el deterioro de la tierra y hacia el crecimiento de la pobreza, con los niveles más altos de desnutrición y desplazamiento migratorios. En busca de mejores condiciones de vida. Tan fuerte es esta convicción que incluso la salida de la crisis se presenta mediante la exhibición y el aumento del consumo. La actual organización económica es incapaz de imaginar vías de salida más allá del aumento del consumo.

Necesidad de acumulación

En todo proceso adictivo, la satisfacción es proporcionada por los objetos antes que por los sujetos, el bienestar de la persona está fuertemente atado a ese objeto mágico, a quien se le atribuye dotes curativas. Toda adicción se presenta como la única vía posible para lograr el propósito de alguien, como el único modelo válido de realización. El adicto no puede dejar de consumir, es básico, principal y completamente un consumidor, que exige la acumulación, porque el camino del consumo nunca tiene bastante y nunca satisface completamente, ya que los bienes se consumen.

El mito del acreedor

La crisis ha desvelado la figura social del acreedor que reconoce más sus derechos que sus deudas. En lugar de asumir responsabilidades, se esgrimen lamentos y quejas. Es incapaz



de reconocer sus deudas con las generaciones pasadas y futuras, con la familia y los maestros, con la tierra y la comunidad. Mira hacia otra parte, pero nunca hacia sí mismo: al Gobierno de turno, al director de la sucursal bancaria, al amigo que no le advirtió, al colega intrigante, a los inmigrantes. Todo menos reconocer que podíamos ser culpables también nosotros. Solo tenemos derecho ante el estado, ante el banco, ante los otros. Nos convertimos en conquistadores que piensan que solo tienen derechos y ningún deber hacia los otros.

Revolución de las expectativas

En la deshabituación de la drogodependencia se habla de un paso necesario que consiste en admitir que éramos impotentes ante la droga, que nuestras vidas se habían vuelto ingobernables. Es ahí donde se valoran otras dimensiones humanas como el encuentro, la relación interpersonal, el goce de la austeridad, el sabor de la solidaridad. "En la época del consumo desenfrenado, lo escaso, lo raro, lo caro y lo codiciado, no son los automóviles ni los relojes de pulsera de oro, tampoco las cajas de champán o los perfumes -cosas que pueden comprarse en cualquier esquina-, sino las condiciones de vida elementales como la tranquilidad, el agua pura y el suficiente espacio". Se trata de consumir otros bienes como los bienes de la salud, de la educación, de la cultura, de

la solidaridad, de disfrutar de bienes aparentemente muy básicos pero escasos, como el tiempo, el espacio, la tranquilidad, un entorno saludable, o la seguridad. En la lucha contra las nuevas pobreza hay un componente cultural que propone frente al despilfarro, la renuncia; frente al crecimiento, el decrecimiento; frente a la velocidad, la lentitud; frente a la agenda sobrecargada, la contemplación de la naturaleza, la conversación y la donación gratuita.

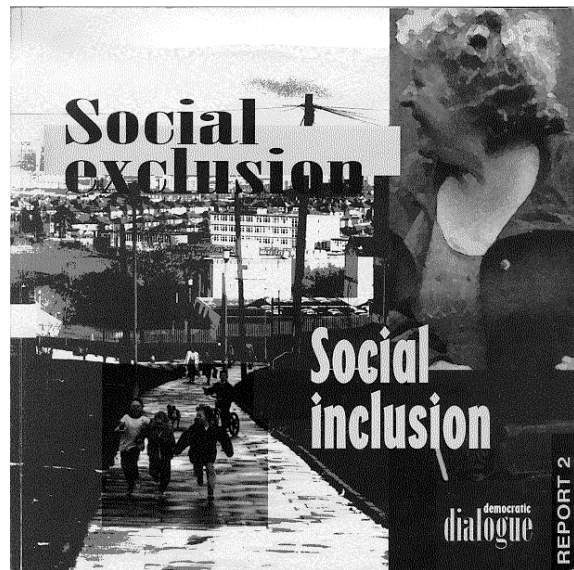
Creación de alianzas y resistencias

Junto a la revolución de las expectativas, la deshabituación es necesario crear grupos de apoyo, espacios donde se pueda ensayar un *enfoque cooperante* que posibilite y amplíe la responsabilidad social, cultural y educativa podrá abordarla aunque sea a través de la confrontación, la negociación o el dialogo. Crear lazos comunes de pertenencia, tejiendo pequeñas acciones, despertando el dinamismo comunitario. El compromiso con la desintoxicación impone como tarea activar entornos afectivos, reconstruir el medio ambiente interhumano, recrear las redes afectivas y los entornos comunicativos. La lucha contra la exclusión tiene que ir acompañada de los lazos personales y redes sociales donde celebrar un nuevo sentido a la existencia.

La salida de la crisis convoca a la familia, a las empresas, a los sindicatos, a los partidos políticos, a las administraciones del estado, a los movimientos sociales, a las parroquias, a las ONGs. La estrategia de red alude a centenares de batallas que tienen lugar en centenares de sitios, simultáneamente. Es la tradición que valora lo pequeño y lo débil, el mesianismo descalzo, que todo lo grande empieza en lo pequeño. Pero además la red significa la voluntad de buscar convergencias entre los movimientos sociales y las fuerzas sociales entre parte del Norte y del Sur.

Los que quieran superar la exclusión han de saber que "Todos soltamos un hilo, como los gusanos de seda. Roemos y nos disputamos las hojas de morera pero ese hilo, si se entrecruza con otros, si se entrelaza, puede hacer un hermoso tapiz, una tela inolvidable". (RIVAS, M. 1998)

La crisis actual necesita la creación de una sociedad civil mundial, construida sobre redes transnacionales: emigración transnacional, familias transnacionales, escuelas transnacionales, una ciudadanía transnacional.



IV.- LA PRODUCCIÓN CULTURAL DE LA DISTANCIA

Uno de los mecanismos de exclusión más potentes en la crisis actual es el miedo al contagio. En tiempos de crisis colectiva se activa el deseo de quedar inmune; en el doble sentido que tiene en el ámbito de la salud y en el ámbito jurídico. La inmunidad, en sentido sanitario, es la protección negativa de la vida, que la defiende ante un organismo extraño; un organismo vivo es inmune cuando es refractario, de manera natural o inducida, a ciertas enfermedades. En el aspecto legal, alguien es inmune cuando no se le puede atribuir responsabilidades ante un hecho; en el ámbito jurídico alude a la excepción que tiene un sujeto, de manera temporal o definitiva, de ciertas obligaciones o responsabilidades, que tienen otros. Alguien queda inmune en un accidente cuando no se le puede atribuir ninguna responsabilidad según las normas establecidas.

El contagio

En la medida que la crisis se extiende por toda la sociedad, sin contornos precisos, crea la necesidad de defenderse sin saber a ciencia cierta de quien y cómo hacerlo. Nos llevará a vacunarnos para hacernos inmunes a la gripe, a defendernos de los otros sin saber dónde está su peligrosidad, a cambiar de acera cuando vemos a alguien que nos parece sospechoso. El miedo al contagio compromete el espacio humano que deja de ser un lugar de encuentro y de comunicación y construimos murallas para defender el bienestar alcanzado.

Compromete la experiencia de nosotros mismos ya que el exceso de preocupación por la salud nos hace vivir de forma obsesiva y patológica. Hasta producir lo contrario de que se pretende. El miedo al contagio produce una claudicación de la mirada y del oído. Hay lugares que dejan de mirarse y clamores que dejan de oírse por miedo. Es curioso que ante la violencia doméstica, el maltrato infantil, la muerte de un vecino... "nadie ha notado nada" "parecía una persona normal" Se camufla y oculta la enfermedad, las funerarias, los techos de basura, para vivir felices y ricos vivimos escondidos.

El camuflaje

La exclusión y la pobreza causada por la crisis están sometidas al mecanismo del camuflaje por el cual algo se muestra como diferente de lo que es y disfraza la realidad bajo una falsa apariencia. Las nuevas pobrezas, sobre todo aquellas que golpean a los ricos e integrados, viven un proceso agudo de camuflaje, a través de estrategias de invisibilidad, disfraz e intimidad. La novedad de la crisis es la práctica del camuflaje que esconde, distorsiona y falsea para ocultar a la vista las consecuencias causadas por la crisis. Los bancos simulan que no sucede nada, los fondos de pensiones disimulan su buena salud, los grandes ejecutivos disimulan sus salarios, los ricos empobrecidos enmascaran su realidad, los inmigrantes ocultan su situación administrativa. "Hoy para ser felices -y ricos- vivimos escondidos"

La invisibilidad

La crisis actual hace que mucha pobreza y sufrimiento se conviertan en invisibles. Con el disfraz se esconden las miserias y se disimulan las privaciones. Esas invisibilidad que practican los inmigrantes ilegales, para sobrevivir en un medio hostil, que practican los jóvenes que disimulan el color de su piel o distorsionan el lenguaje para facilitar la integración; que practican las personas sin hogar que se han retirado banquillos en los parques y en las estaciones para que sean invisibles. Los nuevos pobres han aprendido a ser invisibles y eso implica no llamar la atención; las personas sin techo han aprendido a ser invisibles y eso implica no molestar; la pobreza ha aprendido a camu-

flarse y por eso pasa desapercibida. La crisis ha visibilizado aquello que estaba escondido, han vuelto los comedores sociales, han vuelto los desechos, han vuelto los buscadores en los basureros.

El miedo al otro

El contagio y el camuflaje compromete la experiencia del otro, ya que el desconocido, el extranjero y el extraño representan una amenaza. La crisis compromete la experiencia del otro, como magistralmente ha llevado a la pantalla *El Gran Torino*. El excombatiente que ha perdido el sentido de las cosas, incapaz de amar a nadie, exiliado emocional de todas las causas, desconectado de su vida, le bastó acercarse a una familia inmigrante de coreanos supervivientes de la guerra del Vietnam y echarle una mano, para descubrir que es él quien de verdad es redimido por ellos. Es la acogida de los extraños quien le vuelve a vincular con sus propias emociones y encontrar un sentido a su vida hasta el sacrificio final de su vida por defenderles de una agresión irracional de una pandilla barrial.

Lo extraordinario es reconocer que fuera de la propia tribu existen seres iguales a nosotros, que el mundo alberga a otros seres parecidos pero con igual dignidad y derecho. Se trata de favorecer la identidad común, aquello que nos une "La idea de que todos los pueblos del mundo forman una humanidad única no es ciertamente consustancial al género humano", escribe FINKIELKRAUT "Es más, lo que ha distinguido durante mucho tiempo a los hombres de las demás especies es precisamente que no se reconocían unos a otros. Lo propio del hombre era, en los inicios, reservar celosamente el título de hombre exclusivamente para su comunidad", (1998). En la base de la ciudad del futuro, está la responsabilidad no solo por los que pertenecen al mismo círculo sino también por los perdedores, dejándose así afectar por el sufrimiento de las víctimas de esta historia nuestra. Como quería Ernesto SABATO: "Algo por lo que todavía vale la pena sufrir y morir, una comunión entre seres humanos, aunque sea un pacto entre derrotados", (1999).